

San José, Costa Rica

30 Enero de 1911

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 2

Triste lección

Acariciado por la brisa letal del Guadarrama, en una de estas noches de noviembre que ofrecen las primicias del invierno, cae, víctima del hambre y del frío en las gradas del suntuoso templo de San Francisco el Grande, un hombre de 45 años, en esa edad que representa el apogeo de la vida, cuando se puede haber amado mucho, haber reunido copioso caudal de conocimientos y experiencia y, tras haber determinado bien la orientación de la actividad y vigorizado el carácter, hallarse en condiciones de dar á la sociedad los frutos de que el individuo es susceptible.

En aquel estado de desesperado abandono, aterido, estenuado, sin padres, sin esposa, sin hijos, sin hermanos, sin conciudadanos, sin compatriotas, sin correligionarios, caído siendo algo aún, en el abismo de la nada, quizás esperaba la muerte como supremo consuelo á su dolor.

Recogido por los guardias, fué conducido en coche á la casa de socorro, donde le prestaron inútiles auxilios; lleváronle después á la Santa Hermandad del Refugio, pero el cura de turno, según el telegrama que tengo á la vista, se negó á admitirle por falta de cama y por no poder ofrecer al hambriento más que unas sopas de ajo.

Desahuciado por la Iglesia, se acudió al Estado, conduciéndolo al gobierno civil, y allí le recibieron como se acoge á un importuno. Por quitár-

sele de delante, un inspector aconsejó se le volviera á la casa de socorro, lo que se hizo por no poder hacerse otra cosa, y allí á duras penas se le facilitó una papeleta de admisión al hospital; recurso inútil, porque tanta miseria, chocando con insolidaridad tan inhumana, le causó la muerte á la puerta de la santa casa, donde no se quiso recibir al muerto, yendo á parar por último al depósito judicial.

En aquel hombre se cumplía al pie de la letra la terrible sentencia de Malthus: «El que carece de cubierto en el banquete de la vida, que se retire».

La prensa se mostró indignada, y comentó el hecho, considerándolo como una vergüenza nacional. En el parlamento dos diputados de la extrema izquierda hicieron un poco de sentimentalismo con cargo á la cuenta electoral, pero un ministro lo arregló todo afirmando que el caso nada tiene de particular, porque en París y en Londres es cosa de cada día y á nadie por ello se le alteran los nervios.

Conste así: oficialmente sabemos que hay desgraciados sin hogar, haraposos y hambrientos para quienes la caridad cristiana sólo tiene unas sopas de ajo, y la beneficencia oficial, el camastro de la Morgue.

Pensando lógicamente, si aquel individuo tuvo lucidez de entendimiento en aquellas horas trágicas, es probable que tuviera pensamientos de rabiosa protesta, por los cuales el dogma de la

Iglesia de las sopas de ajo, inexorable con el pecador que muere impenitente, le considerará condenado por toda eternidad á las penas infernales, y el Estado, á haber exteriorizado el paciente aquellas ideas disolventes, pudiera haberle condenado á presidio.

El hecho es todavía más fructífero en saludables enseñanzas. En el punto en que la Iglesia y el Estado quedaron á tan bajo nivel, dando prueba de su ineficacia y mostrando el fracaso de sus respectivos objetivos, tres hombres honraron la humanidad, practicando el altruismo humano, que salva la deficiencia de las dos grandes instituciones pseudo-salvadoras: los dos guardias y el cochero; los primeros excediéndose

de su obligación y molestando á las autoridades, y el tercero prestando el coche y su trabajo gratuito. Los tres probaron que la bondad humana brilla espontáneamente sin necesidad de recurrir á la recompensa, al mutualismo ni á la reciprocidad.

En ese sentimiento, que en las situaciones difíciles da siempre el héroe que arriesga la vida por salvar la de un desconocido, sin más excitación ni estímulo que el cumplimiento del íntimo deber, más que en la caridad cristiana y que en la reglamentación autoritaria, se halla la explicación del progreso y la justificación del ideal de paz y de fraternidad.

ANSELMO LORENZO

El Derecho y sus mentiras

Carta á un Estudiante

La importancia moral y educadora del derecho! Esto es horrible! La causa principal de la inmoralidad del mundo cristiano de nuestro tiempo, reside en este abominable fraude que se llama «el Derecho» y se habla de la importancia educativa del mismo!

Todo el mundo está conforme en que las exigencias más elementales de la moral, sin hablar del amor, consisten en no hacer á los otros lo que no querríamos que se nos hiciese, en compadecerse del pobre y del desgraciado, en perdonar las ofensas, en no saquear (no apropiarse de las cosas sobre las cuales otros tienen un derecho igual al nuestro), en general, en no hacer lo que todo hombre razonable, no corrompido, reconoce como malo. Según esto, ¿qué nos enseñan los individuos que se consideran como los amos, los guías de los demás hombres, como modelos de equidad y de moralidad? La salvaguardia de las riquezas de los grandes hacendados, fabricantes, capitalistas, que se han hecho ricos, ya acaparando la tierra, ya naturalmente pertenece á todos, ya robándose el

trabajo de los obreros, que á causa del acaparamiento de la tierra, se han colocado bajo la absoluta dependencia de los capitalistas. Y es una salvaguardia tan activa, que si uno de los individuos privados de lo que se les debe, engañados, ebrios con bebidas que aturden, se apropia de una millonésima parte de esos objetos que á él y á sus camaradas les han quitado por el pillaje perpetuo, según el derecho, será juzgado, aprisionado, desterrado.

El propietario de un millón de cuerdas de suelo, como quien dice, el individuo que contra la justicia más elemental ha acaparado para él solo lo que debería ser el bienestar de muchos, sobre todo de aquéllos que sobre ese suelo viven, este propietario existe, aun cuando haya adquirido su fortuna robando de un modo patente y siga haciéndolo todavía. Uno de esos desheredados, un ignorante embrutecido por la falsa religión transmitida de padres á hijos, bestializado por el alcohol que el gobierno le vende, va de noche, al bosque, provisto de una hacha y corta el árbol que necesita, ya

para construir, ya para vender y comprar con el producto objetos indispensables. Se le encarcela. Ha violado el derecho del terrateniente en grande escala. Los sabios juristas lo juzgan, lo aprisionan, privando así de su último sostén á la familia hambrienta. Lo mismo sucede por doquiera y cientos y miles de casos análogos se realizan en las fábricas y talleres.

Me parece que no puede existir moral sin la justicia, la bondad, la piedad, el perdón de las ofensas. Pero aquí todo esto se halla desterrado en nombre del «Derecho». Tales actos, cometidos por miles diariamente, por doquiera, según el «Derecho», son los que educan moralmente á los hombres! ¡La influencia moral y educativa del «Derecho»! No hay nada, pero ni la teología, que deprave de un modo tan inevitable y necesario á los hombres. Y es para sorprenderse de que á pesar de esta depravación incesante, el pueblo conserve aún la verdadera comprensión de la justicia, que han perdido ya en absoluto las clases ociosas.

Si los «sabios» que conocen todas las leyes divinas y humanas, y, que además, no necesitan de nada porque son ricos, si ellos consideran que debe encarcelarse á un campesino y reducir á su familia á la muerte por hambre, porque por miseria, estupidez, borrachera, ignorancia, volteó un árbol ó se llevó de la fábrica mercaderías por valor de \$ 2-00, qué debo hacer yo, desnudo, hambriento, iletrado, cuando me roban mi caballo? Enjuiciar, matar al ladrón? Así deberían razonar las gentes del pueblo. Pero no, á pesar de toda la depravación que sufren del Derecho y de la Teología, del Derecho principalmente, ellos guardan, sin embargo, los verdaderos sentimientos morales, humanos, que no son los establecidos por los derechos ni los en conformidad con estos últimos.

Decía Kant que la charlatanería que se realiza en las escuelas superiores, en la mayoría de los casos no es más que el deseo de abstenerse de resolver las cuestiones difíciles, atribuyendo á las palabras un sentido variable. Pero

esto es poco: esta charlatanería, como sucede al tratarse del «Derecho», tiene á menudo un propósito inmoral muy preciso: la justificación del mal existente.

Esto por el lado moral; pero desde el punto de vista de la razón, la fe en cualquier imagen milagrosa de la madre de Dios ó de Juana de Arco, beatificada hace poco, es en absoluto menos estúpida que la fe en las «supervivencias atributivas, imperativas, etc.»

Conocidas la inexactitud, el artificio de las ideas falsas y de las palabras inventadas para expresarlas, es de suponer que en nuestros días debieran mantenerse alejados del estudio de semejantes ciencias los espíritus frescos y jóvenes. Pues bien, según vuestra carta, veo que las cosas siguen hoy como hace sesenta años. He sido estudiante de derecho y recuerdo cuán interesado estuve, en el segundo curso, por la teoría del derecho, aun cuando me puse á estudiarla, no solo en vista del examen, sino pensando hallar en ella la explicación de lo que me parecía extraño y vago en la organización de la vida humana. Pero entonces, cuanto más penetraba en el sentido de esta teoría, más me convencía de que algo había en esta ciencia que cojeaba ó que yo era incapaz de comprender.

En otros términos, adquiría poco á poco la convicción de que el tonto era uno de los dos, ó Névotine, autor de la *Enciclopedia de Derecho*, que yo estudiaba, ó yo que no podía comprender toda la profundidad de esta ciencia. Tenía 18 años: me era difícil admitir que el tonto fuese yo. Resolví entonces abandonar los estudios de jurisprudencia, porque sobrepujaban á mis capacidades intelectuales. Entregado desde hace muchísimos años á otras ocupaciones, he olvidado por completo la ciencia del derecho. Hasta tenía una vaga idea de que la mayoría de los hombres actuales se hubiera ya emancipado de este fraude. Por desgracia, veo que según vuestra carta esta «ciencia» existe y continúa su obra nefasta. Por lo mismo me siento dichoso de haber tenido la oportunidad de mani-

festar lo que pienso de dicha ciencia. Creo que no soy el único que así piensa.

No le aconsejaría á los «profesores» de los diferentes «derechos», que han pasado toda su vida estudiando y enseñando esta mentira, y que gracias á esta enseñanza se han creado una situación en las Universidades y Academias, imaginándose á menudo y candorosamente que con enseñar sus «supervivencias éticas», etc., hacen algo muy importante y útil; no aconsejaría á esos señores que abandonen su ocupación malhechora. Como no se lo aconsejaría tampoco á los curas, obispos y arzobispos, que también han pasado toda su vida en difundir y sostener lo que creen necesario y útil. Pero á tí, joven, y á todos vuestros camaradas, no puedo menos que aconsejaros que abandonéis lo más pronto posible, antes de que os gangrenéis por completo, antes de que el sentido moral se entorpezca del todo en vosotros, esa ocupación, no sólo estúpida y embrutecedora, sino perjudicial y depravante.

Me escribes diciéndome que el señor Petrajitzki cita en su curso lo que él llama mi doctrina. Yo no he tenido ninguna doctrina. Yo nada conozco que todos los hombres no conozcan. Yo sé con la humanidad entera, con la inmensa mayoría humana de todos

los países, que todos somos seres libres y razonables en cuya alma existe una ley suprema, muy sencilla, muy clara, á todos accesible y que nada tiene que ver con las prescripciones humanas que se llaman Leyes y Derechos. Esta ley suprema tan sencilla y accesible á cada uno, consiste en amar al prójimo como á nosotros mismos y en consecuencia no hacer á los otros lo que no queremos que nos hagan. Esta ley es tan propia del corazón humano, tan razonable, su realización asegura tan indiscutiblemente el bien del individuo y el de la humanidad, que ha sido proclamada en forma idéntica por todos los sabios del universo, desde Buda, Cristo, Confucio, hasta Rousseau, Kant, y los pensadores contemporáneos. Si no fueran los esfuerzos hipócritas y nefastos de los teólogos y leguleyos por ocultar esta ley á los hombres, ella habría sido adoptada por la inmensa mayoría desde hace tiempo, y la moralidad de nuestra época no estaría á ese nivel tan bajo en que se halla ahora.

He aquí los pensamientos que vuestra carta me ha sugerido y cuya expresión me deja tan dichoso.

LEÓN TOLSTOI

La Revue, enero 1910. Traducción de Joaquín García Mourge.

Conversemos

A los obreros

Venid acá, oscuros gladiadores del trabajo que bregáis diariamente en los recios torneos del taller. No llego de intruso á vuestras filas. Obrero soy, como vosotros, en la empresa constante de la vida; obrero de la pluma, obrero del pensamiento, obrero también en el árduo y continuo trabajo material que da la subsistencia con decoro y extiende las brillantes ejecutorias de la más alta nobleza de la tierra.

Venid y decidme sin ambages, sin

disimulos, sinceramente, con la mano sobre el corazón: ¿no os subleva, no os irrita el pensamiento de vuestra condición triste y esclava? ¿No os llena de ira, de justísima ira, ver que se os escarnece en todas partes, que donde quiera las ambiciones os adulan, os atraen, os embriagan y os colocan en montón alto, muy alto, sobre el cual suben luego para escalar las mil granjerías con que la organización viciosa del Estado provoca las sordas tempestades?

tades de la intriga? ¿No os da rubor el recuerdo de vuestros desencantos del día siguiente á las victorias por vuestro lozano esfuerzo realizadas; de las desazones producidas por el desdén con que os azotan los triunfantes, —mendigos de la víspera,—los que os sacaban los votos mientras engullíais, insensatos, las torpes y rastreras aduaciones?

El corazón me dice que sí, que todos esos sentimientos de rubor y de tristeza pasan por vuestras almas abatidas, como pasan las sombras de la noche enfriando la superficie de la tierra. El corazón me dice que más de una vez cada uno de vosotros, en su casa, á la hora del silencio, cuando el reposo da al cerebro la quietud que le robara la actividad durante el día, se hace esta misma pregunta melancólica: y bien, ¿estamos condenados los obreros á ser eternamente los instrumentos ciegos é infelices de los políticos oportunistas? ¿No llegaremos jamás á ver realizada alguna de las ideas que llevamos en la mente?

Y yo os contesto, como si os estudié oyendo: ¡Ah! ¿Con que tenéis ideas? ¿Con que lleváis dentro del pecho aspiraciones levantadas? ¿Con que sentís la necesidad imprescindible de ejercitar por vuestra cuenta el derecho á que sois acreedores por mandato incontestable de la naturaleza? ¿Con que no sois tan sumisos y pasivos como os creen vuestros explotadores? Ay, hermanos, tenéis todo eso; tenéis más aun, tenéis el sentimiento de vuestra individualidad, tenéis la convicción de vuestro valer moral formado en los diarios ejercicios de una labor limpia y honrada; pero no os atrevéis á declarároslo mutuamente. Cuando estáis juntos calláis como atontados, no acertáis á cambiar vuestras ideas y permanecéis tan alejados el uno del otro como si viviérais en países diferentes. Sólo los bancos y las paredes del hogar conocen vuestras ansias, solamente vuestras compañeras y vuestros hijos sienten en ocasiones todo el rigor de vuestras desazones cuando al fin desbordan su amargura.

Y esta es la causa verdadera, la causa única de la postración en que gimen, atropelladas de continuo, vuestras más inocentes esperanzas. No os reunís para algún ejercicio intelectual que pueda despejar vuestros entendimientos y mejorar vuestra condición; permanecéis aislados, inactivos, guardando en arca bien cerrada vuestras preocupaciones y vuestras dudas, sin exponerlas jamás al viento de la controversia y del examen, pero ni siquiera al aura susurrante de la conversación amistosa.

Devotos inconscientes del dogma patriótico, egoista, irracional, rígido é irreflexivo, os creéis obligados á tomar parte siempre en las escaramuzas políticas que efectúa la ambición en el seno de las sociedades. Y al incorporaros en el movimiento político de determinada época, váis como carneros, tras el estandarte enarbolado en cualquiera esquina por cualquier aspirante sin conciencia; sólo pedís, para seguirlo, que él lleve escrita alguna frase bella—frase no más—que á vuestra clase se refiera. Y es tal la ofuscación y la pobreza de vuestro entendimiento, que muchas veces para atraeros, se proclaman doctrinas que al parecer os favorecen y que, bien miradas de cerca, os perjudican gravemente.

Tomad nota de esto, hermanos, que ya os he de hablar sobre el asunto.

Entre tanto, sabed que me propongo demostraros en conversacion corta y sencilla, que debéis rechazar con energía el texto dogmático que os esclaviza á un mentido deber cívico, ese irrisorio deber que os pone siempre á merced de los golpes certeramente calculados de la audacia. No es cierto, hermanos, que esté nadie obligado á colaborar en los comicios, mientras no lleve la convicción fuerte y sólida de que con su intervencion en ellos sirve á la finalidad de sus ideales. El mandato rotundo de las cartillas políticas, es absurdo. En nuestros días, los deberes han de tener, necesariamente, su correspondencia de derechos, y no es posible suponer que haya quien esté obligado porque sí, á incorporar su

esfuerzo en acciones que no llenan jamás los buenos propósitos con que tal vez fueron ideados.

Se os habla en diferentes tonos de esa rara virtud del patriotismo y se os llena el corazón de vanos entusiasmos en tanto que se hace en vuestro cerebro el vacío más despiadado. Decidme, ¿sabéis qué es patriotismo?

No lo sabéis de seguro, ni jamás se os ha ocurrido pensar en esa palabra hermosa cuyas sonoridades arrullan nuestros dulcísimos sueños de la infancia y continúan vibrando por toda la existencia en nuestro oído. Pues bien, el patriotismo es una deidad sangrienta y cruel que se alimenta con sangre de los pueblos y gusta de las

innobles hecatombes que llamamos batallas, en las cuales pierde sus más hermosas flores el árbol de la Juventud. El patriotismo es la concepción más siniestra del egoísmo humano, que ha sembrado el mundo de fronteras y enciende la guerra entre los pueblos.

La tierra es generosa y es grande. Su amplio seno fecundo se abre para todos los seres con empeño amoroso; y es insensato disputar sobre ella, sobre la madre rica y formidable que á todos nos ha llevado en sus entrañas.

Hermanos, en honor de la inmensa patria humana, alcemos nuestros cantos á la confraternidad.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Jesús y Tolstoi

Las áridas colinas de Jerusalén cuentan que en una época, muy remota ya, vieron sobre el caliginoso suelo de la Judea ir y venir magníficamente armado á un gallardo conquistador: era su espada la idea, su coraza la razón y el ejemplo su escarpela; con la primera deslumbraba, con la segunda convencía y con la última arrastraba.

El lago Tiberfades guarda en sus aguas el eco de sus palabras á veces enérgicas como proclamas, á veces llenas de unción y de armonía como las que la cariñosa madre desliza al rededor de la cuna donde duerme su niño; el Jordán lo vió humilde recibir de Juan las aguas bautismales y violento los mercaderes á quienes arrojara del templo de su padre.

¿Quién era ese extraño conquistador cuyas brillantes victorias la sangre no manchaba? Vosotros lo sabéis: era un socialista convencido, sincero y valiente: era Jesús de Nazareth.

Hombre de clara inteligencia, de admirable talento natural y de intuición profunda, domina de un vistazo la situación del mundo de la época, encontrando en su detestable organiza-

ción social la causa-cuna de todas las enfermedades morales que corroían la vida de los hombres y de los pueblos.

El mundo había escalado la cumbre de la abyección y el embrutecimiento; la esclavitud más vergonzosa tenía sumergida en la ignorancia y el error á los hombres; las ideas de libertad, justicia y moralidad eran incomprensibles; eran ideas sin resonancia en pecho alguno.

Tristemente impresionado ante aquel cuadro erizado de injusticias, el gran visionario, el Quijote sublime, el insigne principista con una gavilla de ansias en el alma, inicia su campaña redentora. Una sola es su bandera, una palabra sola compendia su doctrina: es la palabra amor, dulce concepto que involucra las ideas de libertad, igualdad, altruismo: luz blanca que encierra todos los otros colores del arco iris.

En la pésima distribución de la riqueza, en la insolente opulencia de un lado y la infeliz miseria de otro, sorprende la causa primera del odio y la tiranía.

Es justo, es humano, es natural que mientras unos hombres navegan en la

abundancia, carezcan otros hasta de un pedazo de pan con qué mitigar los harponazos del hambre?

¿Es justo, es humano, es natural, que mientras unos hombres lucen al sol trajes de oro y púrpura, carezcan otros hasta de una manta con qué preservar su cuerpo de los rigores de la estación?

¿Es justo, es humano, es natural, que mientras unos hombres viven en palacios, en el mayor confort, carezcan otros hasta de una choza que les sirva de hogar?

Jesús se rebela contra tales irregularidades y exclama: «No es justo que unos tengan demasiado y otros nada: es preciso que todos tengan algo. No quiero la eliminación de la propiedad, ansío tan sólo la cesión de parte de la riqueza en beneficio de los necesitados».

Imitad á la naturaleza; el sol envía por igual sus rayos de vida al grande y al pequeño, al sabio y al ignorante; la lluvia refresca con la misma solicitud la altiva palmera y la humilde hierba; la brisa perfumada y vivificante de los campos, acaricia por igual las mejillas de la elegante dama que las de la sencilla campesina.

Y aquí un paréntesis: Costa Rica es uno de los países donde la propiedad rural está mejor distribuida; sin embargo, en muchas regiones un escaso número de individuos tiene acaparadas las tierras, no siendo siempre ese acaparamiento fruto del trabajo honrado y la economía, sino resultado de la intriga, de la audacia ó del favor de los Gobiernos; es hora ya de que el Estado cargue un impuesto sobre cada hectárea de terreno inculto, á fin de obligar á sus dueños á cultivarlo ó á venderlo en lotes para que los pobres lo cultiven: en ambos casos aumentará la riqueza individual y la nacional también.

Y volvamos á nuestro tema. El socialista Prudhou, cuando formula sus doctrinas acerca de la propiedad, no hace otra cosa que inspirarse en el socialista Jesús y en el grupo de socialistas que á éste siguieron. Es acaso

más atrevida la fórmula del economista francés que la de San Ambrosio, cuando dice: «El derecho privado nació de la usurpación», ó que la de San Jerónimo cuando exclama: «La opulencia es siempre el producto del robo; si no lo cometieron los actuales poseedores, cometieronlo seguramente sus antepasados». Y es que no sólo merece el epíteto de ladrón quien desvalija al prójimo en camino solitario ó asalta la caja donde el rico guarda en forma de monedas el sudor y la sangre y las lágrimas de los trabajadores; lo es también el comerciante descorazonado, el abogado sin escrúpulos, el patrón que explota infucamente á los obreros á quienes sitia por hambre.

La diferente situación económica de los hombres originó el sentimiento de superioridad en los pudientes, y de ahí la división del pueblo en castas: una plétorica de riquezas y de derechos y otra repleta de miserias y de deberes; de ahí arranca la improvisación de señores y esclavos: éstos trabajan, aquéllos consumen; lloran unos mientras otros ríen. Tal anomalía subleva el alma del gran iluso, quien con un valor y una confianza infinitos comienza á librar la segunda parte de su programa socialista. «La libertad y sus aspectos, la igualdad y la fraternidad».

Si uno mismo es el origen del hombre, cualquiera sea la hipótesis á que nos atengamos para explicar su aparición, ¿por qué entonces surcos tan profundos, diferencias tan marcadas, barreras tan altas entre unos hombres y otros?

Como comprendiera Jesús que la regeneración social sólo se alcanza mediante la regeneración de cada uno de los individuos que integran la colectividad, debiendo ésta iniciarse en el hogar y seguirse en la escuela, clava sus ojos en la mujer, le tiende la mano, la levanta, la redime, la dignifica y de esclava del hombre la convierte en su compañera solidaria; consciente de que la escuela es ó debiera ser la fiel continuadora de la obra del hogar, obra que debe pulir y robustecer, for-

ma á su alrededor una verdadera escuela ambulante: «Dejad que los niños vengan á mí» exclama lleno de ternura, cuando los adultos ansiosos de oír su palabra pretenden alejar á los pequeños.

Los soberanos comprenden que Jesús falsea con sus doctrinas las apolladas bases de sus Estados; comprenden el peligro en que se hallan sus carcomidas instituciones; presienten la muerte de sus placeres, y, no teniendo ante un adversario de tal magnitud argumentos con qué combatir sus ideas cristianas y convincentes, resuelven, aterrados, eliminarlo y lo eliminan. Así terminó la existencia de este socialista convencido y educador sublime.

Dieciocho siglos más tarde un grupo de hombres recoge las doctrinas del héroe del Gólgota; prepara el espíritu de un pueblo viril, cansado ya de humillaciones, corcovado al peso de tanto deber, sin que alegre su vida la sonrisa de un derecho, y otro grupo afianza con la espada la idea y provoca la lucha proclamando los derechos del hombre.

Jesús es, pues, el precursor de la Revolución Francesa, de la Revolución Universal que tras las ideas de libertad y altruismo despierta á los pueblos, sacude la vieja Europa, conmueve á la joven América, hace rodar los privilegios y surgir las democracias. Las monarquías absolutas truécense en monarquías constitucionales; las monarquías constitucionales en repúblicas unitarias; las repúblicas unitarias en repúblicas federales; los efectos de esa evolución no han cesado: ayer no más quiebra el Brasil su corona; hoy es Portugal; la Turquía sale del sopor que la invade y los países todos se aprestan á vivir vida republicana.

De cuando en cuando, á manera de cometa de larga órbita, aparece en el mundo un discípulo de Jesús.

Las frías estepas del imperio moscovita acaban de presenciar, entre un desfile de pintorescos celajes, la postu-

ra de un sol: acaban de presenciar la muerte de un bueno, de un enamorado de la libertad y la justicia, del conde León Tolstoi.

El joven luchador de Galilea y el viejo luchador de Rusia tienen gran parecido: uno y otro sueñan en un día en que el bien sea la norma de todos los actos del individuo; uno y otro sueñan en un día en que el egoísmo ceda el paso al altruismo; en que la hipocresía ceda el paso á la sinceridad; en que el odio ceda el paso al amor; uno y otro sueñan en un día en que el valer del hombre se aquilata, no por su belleza física, ni por su fuerza muscular, ni por sus riquezas, ni por la calidad de cuna en que la casualidad lo hizo nacer, ni siquiera por su inteligencia, sino exclusivamente por sus virtudes; uno y otro sueñan en un día en que por el cinematógrafo de la vida deje de aparecer el cuadro trágico de Caín y Abel; abre Jesús, con una huída, su jornada brillante y cierra Tolstoi, con una huída también, su brillante jornada.

Sincero como Jesús, Tolstoi acompaña la acción á la palabra; sus ideas forman parte de su naturaleza: están en su sangre, en su carne y en sus huesos; no son ideas adquiridas por acción refleja; sus palabras son cristalinas, como cristalina es la fuente donde nacen: su corazón.

Comprende como Jesús, que la riqueza y el lujo exagerados son la causa de la corrupción social, y predica la fraternidad y la sencillez siendo él el primero en desprenderse de sus propiedades en beneficio de los desheredados; cambia su palacio por una cabaña, y camina descalzo por las heladas llanuras de su patria, sembrando por doquiera que pasa, la planta de la caridad.

Comprende como Jesús, que la regeneración social sólo se logra mediante la regeneración individual, y á ese fin fija sus miradas en el hogar primero, en la escuela después y en el campo luego. Educa sus hijos conforme á las más avanzadas ideas libertarias; funda con su propio haber la

escuela de Yasnaia Poliana; ahí no hay castigos ni recompensas, ahí el interés no existe, sino que la libertad y el amor lo son todo; él es al mismo tiempo padre, maestro y amigo del enjambre de chicos de diferentes edades y de distintos sexos que, frescos, alegres y juguetones, frecuentan la escuela ávidos de oír la palabra siempre dulce, siempre insinuante del anciano maestro.

Como Jesús, comprende que en el pueblo, sencillo, plástico y sincero, sus ideas encontrarían campo más propicio para su germinación y á él se dirige preferentemente; los campesinos y los mineros son sus mejores amigos. ¡Cómo le quieren los humildes y cómo le odian los grandes!, porque la palabra de Tolstoi, dulce como música de violines cuando consuela á la viuda ó alienta al obrero, es ruido de huracán cuando fustiga las espaldas de los tiranos y los perversos.

El absolutismo ruso quiso oponer diques á la obra de Tolstoi; pero vano fué su empeño. El hambre, las marchas forzadas, el Knut no le inspiraban miedo, pues á todas esas pruebas se había sometido desde su infancia.

De buen grado la intransigencia moscovita hubiera hecho con Tolstoi lo que la intransigencia judía hizo con Jesús. Pero al fin, los tiempos son otros.

Tolstoi debe haber muerto satisfecho de su obra; el edificio de la autocracia rusa está agujereado; su completa ruina es obra del tiempo y de la perseverancia. El, como Jesús, deja una Biblia donde inspirarse los enamorados del bien y la libertad; la Biblia de Tolstoi se compone de dos tomos: *Ana Karenina* y *La paz y la guerra*.

Descanse tranquilo el Cristo Moderno. ¡Los soberbios están de plácemes, los humildes de duelo!

SOLÓN NÚÑEZ

Las leyes se van

La gran revolución de nuestra época consiste en que las leyes han perdido su imperio. Si se habla de la majestad de la ley, como si fuese una diosa descendida de un mundo superior, la gente lo escucha incrédula porque sabe ya que la ley es de origen humano, como la religión, y que, como ésta, ha pasado por transformaciones análogas. Se tiene por averiguado que los siglos que fueron han legado al presente tanto sus leyes como sus supersticiones, y esa vieja herencia, celta, ibera, judía ó romana, franca, sueva ó visigoda, no es para nosotros más que un resumen de todas las opresiones antiguas. Así como comparando las religiones se ha demostrado que procedían todas de un mismo origen quimérico, la legislación comparada nos ha convencido de que las leyes, confeccionadas por los fuertes contra los débiles, han sido siempre una agravación de la injusticia. ¿No es un capricho, no es una

maldad, no es una infamia que hayan sido erigidas en artículos de ley las injusticias que nos rodean? En todas las revoluciones son siempre los amos y los sacerdotes los que han resistido á las rebeldías de la equidad.

Actualmente es tan grande la diferencia entre las leyes y las concepciones modernas de la justicia, que los jueces mismos, investidos de la magistratura y encargados de pronunciar veredictos de culpabilidad ó de inocencia contra un reo, se ven obligados no pocas veces á ponerse en contradicción con la ley para obedecer á su sentimiento de equidad. Los jueces, para salvar una cabeza que la justicia histórica reclama, niegan tranquilamente un acto que están seguros de haberse cometido. Que el juez se dé cuenta de ello ó que obedezca simplemente á su conciencia, no significa que sea menos verdad el que las leyes resultan por sí mismas embarazosas y son una tra-

ba á todo lo noble y espontáneo: en cada hecho apela, no á una jurisprudencia exterior, sino á su propia conciencia; las leyes, como los dogmas, al pasar por el tamiz de la crítica, han perdido su carácter augusto. No vivimos ya en aquellos tiempos en que aparecían á la cumbre de una monta-

ña entre el zig-zag de los relámpagos y el ruido de los truenos ante un pueblo prosternado. El Código, como la Biblia, no es más que un libro sin autoridad, del que cada siglo y cada hombre ha desgarrado algunas páginas.

ELISEO RECLUS

PÁGINAS LITERARIAS

Mi refugio

Cada vez que procuro hacer sonetos,
dificilmente encuentro consonantes:
me resultan los versos asonantes,
lo mismo al comenzar que en los tercetos.

Al final, me parecen ya discretos,
y en cuartillas los pongo muy campantes;
pero luego, los hallo discordantes,
largos, cortos, insípidos, escuetos.

La rima dejo con dolor profundo,
y en el regazo de mi dulce amiga
olvido el desaliento y la fatiga.

Es la Ciencia, que puede en un segundo
revelar, si le place, al que investiga,
con estrofas de fósiles un mundo.

ANASTASIO ALFARO

PENSAMIENTO

Si la ciencia nos hace vislumbrar en el porvenir la imagen del globo transfigurado, ella sola no podrá, sin embargo, terminar la gran obra realizable. A los progresos en conocimiento deben corresponder los progresos morales. Mientras los hombres luchan por desplazar los hitos patrimoniales y las fronteras ficticias entre pueblos; mientras el suelo fecundo sea enrojecido por la sangre de infelices alocados que combaten ya por un pedazo de territorio, ya por una cuestión de pretendido honor, ya por pura rabia, como los bárbaros de antaño; mientras los hambrientos busquen, sin poderlo tener seguro, el pan de cada día y la nutrición del espíritu, la tierra no será ese paraíso que la mirada del investigador percibe á través del tiempo. Los rasgos del planeta no tendrán su completa armonía si los hombres no se han unido antes, en un concierto de justicia y de paz. Para llegar á ser verdaderamente bella la «madre bienhechora» espera que sus hijos se hayan abrazado como hermanos y que hayan pactado por fin la gran federación de los pueblos libres.

ELISEO RECLUS

Líneas

Han pasado escasos días desde que ocurrió lo que ahora me viene en gana confiar al cariño de mi pluma, para que ella lo diga al oído del público como pueda; y estoy cierto de que aunque pasen muchos, muchísimos más, y todos me dejen impresiones muy vivas, me parecerá siempre que hace muy pocos desde entonces, y nada menguará el vigor de mi recuerdo.

Un día, ya de tarde, cerca de la hora en que empiezan los sonrientes lumináres del cielo á derramar tranquilidad sobre las almas que la han perdido en la refriega del día, fuime—ansioso de llenar de emociones el abismo de la mía, entonces desolada—al silencioso Asilo de Incurables que cerca al bullicio de la ciudad levanta al cielo la queja amarga de su aspecto ruinoso; en cuyas paredes se refleja todo el gran dolor de los hombres que tras ellas se defienden de los embates de la vida; esos sus hijos olvidados que ya no ven, que ya no oyen, que casi ni sienten ya...

Y allí, donde tiene su hogar la angustia, donde los misterios humanos se estudian en otros pergaminos tan distintos de los que el viento hace revolotear por sobre las frivolidades de la escena diaria, allí donde el reposo es esclavitud, allí donde las risas son muecas incomprensibles ó acaso blas-

femias, donde la misión del alma inmortal no asoma jamás temerosa tal vez de que la estruje la terrible realidad de aquellos quejumbrosos mecanismos que allí moran, recogió mi pensamiento la noción de un vigoroso heroísmo, esplendente de grandeza, algo así como un clavel nuevo sobre un montón de cenizas frías...

Un viejecillo, el más anciano de todos los asilados, con los desechos que recoge cuando se le deja salir á tomar el sol por esas calles... fabrica juguetillos que luego vende á la caridad de las gentes, pues que son inútiles, y con las monedas que logra reunir compra dulces ó frutas que cariñoso lleva á las manos temblonas y rugosas ó al sucio regazo de sus compañeros de prisión.

Cuando la Hermana que vela la larga agonía de los pobres incurables me refirió la historia de ese heroico benefactor ignorado, me dijo también como si se lo dictara un hondo pesimismo ó tal vez una profunda sorpresa provocada por la emoción que en mí se manifestó: "¿y si fuera una enfermedad su virtud?"

—Si lo fuera Hermana,—dije yo—no hay otro consuelo para el ideal, sino desear que toda la humanidad adquiriera para siempre esa dolencia sublime!

OMAR DENGO

Ideas y opiniones

Rebeldía *

Dolores y Julia eran dos esperanzas muertas al empezar á ser realidades; eran las dos hijas de un poeta de rebeldías únicas quien las había educado en las ideas suyas, completamente suyas, ideas de arte nunca esclavo, ideas

de vida toda voluntad, ideas de amor, de verdadero amor. Quiso hacer de ellas mujeres dignas del nombre de mujeres, no esas muñecas sin otros ideales que el de vestir bien y el de parecer más jóvenes, más bellas y más ricas que sus compañeras; quiso nutrir sus espíritus con alimentos de verdad, de arte y de libertad. Dolores

* *Rebeldía*, de Joaquín Dicenta. (Domenech, editor, Barcelona, 1910.)

y Julia no eran, como sus amigas, mejor dicho, como las que se llamaban sus amigas, mujeres anémicas de cuerpo y de alma, seres enfermizos que despiertan en el verdadero feminista, ideas de rebelión, cuando no de compasión culpable por quienes, de la vida, no quieren conocer sino lo que es superficial, lo que es efímero, lo que no vale la pena de ser considerado.

Pero la suerte, que siempre obstaculiza á quien tiene puestos los ojos en lo ideal, se impuso en aquel hogar, hiriendo de muerte al padre y obligando á las hijas á abandonarlo todo é ir á ocultar su miseria en Mérida Augusta, un pequeño pueblecillo á orillas del mar.

Á aquel apartado rincón, en tiempo del descanso veraniego, llegaron dos artistas, un pintor y un músico: un pintor de sentimientos delicados, en cuya paleta, como en su alma, había solamente tintas dulces, cernidas por gasas color de ópalo, una paleta de sol nublado en la que el verde de los montes, ese verde de lujuria, se convertía en un verde apagado, el verde de las grandes esperanzas. Sus pinturas estaban hechas con líneas suaves, cuya curvatura apenas se notaba, precisamente como son apenas perceptibles las curvas de un cuerpo de mujer diosa. Y así sus sentimientos, y así sus aspiraciones: ninguna violencia para los primeros, ninguna brusca desviación para las segundas. Si llegase á amar en una época lejana sería con un amor suave, con ese amor que no sabe de pasiones violentas, que no conoce imposiciones tiránicas para con la mujer amada, pero que al mismo tiempo no sabe plegarse ante ninguna ley divina, ante ningún decreto humano. El músico, su compañero, aborrecía el mar porque sonaba á besos, aborrecía el aire porque su diálogo con las cosas era un diálogo de amor, y él necesitaba oír sollozos y coléricas imprecaciones; pero era un artista completo: de su violín se desataba siempre un torrente de armonías que llenaban su alma de satisfacción porque en aquellas manos delicadas, el violín so-

llozaba á veces con sollozar de virgen desesperanzada, y á veces imprecaba con imprecaciones de Prometeo encadenado.

El pintor, Alberto, un enamorado de todo lo que era línea y color, puso su corazón de artista á los pies de Julia, porque en Julia le cautivaron sus ojos sombríamente azules, sus labios rojos en donde la voluntad poseía un nido, su cabellera leonina y su espíritu que era de arte y de ensueño, del arte verdadero y del ensueño que satura el alma de vida y de energía.

El músico, Enrique, acostumbrado á las melodías espirituales, se enamoró de Dolores, porque era pálida, porque era rubia, porque era melancólica con esa melancolía que él buscaba en sus sonatas preferidas, porque tenía la idealidad que encontramos en todos los cuadros de los pintores prerafaelistas.

Aquellos amores, que pronto encontraron eco en las almas de las dos señoritas las enseñó á soñar para soñar, á soñar en el amor que une las criaturas sólo por la dicha de amar y de ser amadas, sin saber de dónde viene el ser amado y sin que sientan el ansia de saber á dónde las llevará aquella pasión.

Amar el amor sin reparar en los obstáculos que la vida envidiosa coloca en el camino, estrecho, es verdad, pero en el que caben dos seres muy abrazaditos como con temor de que el velo que les oculta al resto de la humanidad se desgarré al prenderse en una de las ramas de los arbustos que van asaltando el sendero por donde ellos pasan.

Que las llevara á la ventura, que las llevara al sufrimiento, Dolores y Julia siguieron aquella ruta encantada que no conocían. Para ellas era tan hermoso el amar!

Pero Alberto fué el único que se atrevió á declarar sus sentimientos, en una noche de luna, á orillas del mar, oyendo juntos con las acariciantes melodías de las olas las dulces estrofas de una amorosa de Beethoven que gemía en las cuerdas del violín de su compañero, el cual no sabía expresar

sus ansias sino por medio del mágico instrumento.

Julia no aceptó el homenaje de aquel amor sincero, honrado, porque Alberto había sabido renunciar por ella á todo menos á sus íntimas convicciones: él, en el matrimonio, había visto siempre el completo abandono de ambos enamorados sin dar valor alguno á esos lazos estúpidos con que las sociedades quieren consagrar las uniones de quienes se aman. Compañeros en la existencia, eso es lo que deseaba Alberto que ellos dos fuesen, no marido y mujer como lo entienden los esclavos de la vida.

Al principio, asustada con tanta osadía, obligada por esa moral que desde hace siglos nos viene convirtiendo en vasallos del que dirán, Julia renunció al amor de Alberto; pero al comprender que aquel hombre, que no reconocía religión, ni autoridad que pudiesen ejercer dominio alguno en su espíritu, no olvidaría sus ideas por su amor y viendo que era ella la ingrata, porque de su pasión no sabía sacar fuerzas para luchar contra las creencias de todo el mundo, en una noche de dolor en que Alberto se despedía para volver á Roma, en el cuarto en donde su madre guardaba las reliquias de quien inculcó en ella el entusiasmo por los ideales hermosos, Julia se sintió otra, se halló capaz de desafiarlo todo sabiendo que en los brazos de su amado encontraría abri-

go en donde secar sus alas mojadas al cruzar por la tempestad que desencadenaría lo que las gentes esclavas llamarían su deshonra.

Los tristes días aldeanos, el aislamiento personal suyo, el desdén envidioso de quienes no eran tan bellas y tan buenas como ella, la codicia carnal de los hombres que ansiaban comprar sus carnes porque sabían que era pobre y necesitaba vivir, el lujo altanero de las que para usarlo se echan encima las fatigas y los placeres de un adulterio doblemente vergonzoso, la devoción de aquellas que se refugian en lo divino porque saben que eso les permite hipocresías cuyo valor sólo ellas comprenden, todo, todo lo que era horrible en su vida anterior la convenció y la hizo aceptar el amor libre, convirtiéndose en compañera de quien la adoraba.

Hizo bien? Hizo mal? Fué buena? Fué mala? Para ella y para todos los que tienen puestas sus aspiraciones en un porvenir lleno de bellezas apenas soñadas, Julia hizo muy bien, Julia era buena. Para los demás, para quienes necesitan que su amor, para ser amor verdadero, reciba la bendición de un parásito cualquiera, Julia hizo muy mal, Julia fué mala; y sin temor de mancharse con las murmuraciones, harán de esa historia algo mezquino, algo que solamente puede ser referido en voz baja.

JOSÉ-FABIO GARNIER

CRÓNICAS SOCIALES

Calma, señores, calma!

Desde la cueva hondísima donde ha ido á ocultar sus convicciones el gremio del papel sellado, se ha levantado un acento de dolor profundado y penoso.

«Sacrilégio, sacrilégioo!» Y todo porque uno de los de la cáscara—chivo negro—ha manifestado estar descon-

tento con *la justicia* que le han hecho los hombres, convertidos por la más formidable de las inconsciencias en fetiches.

Fetiches! Como hombres sois los mejores del mundo, mas se os ha dado un encargo imposible, realizar una ilusión: hacer justicia á vuestros se-

mejantes teniendo en vuestras manos el instrumento único de la ley, emanada del hombre, y como tal, con la tara de todas sus flaquezas.

Vosotros, los que decorais los tribunales neo-latinos, ni siquiera teneis derecho á oír las voces de la conciencia; fallar *por equidad* como fallan muchas veces los sajones y falló el magistrado romano, en vosotros es *prevaricato*. Horror!

Y no quiero hacer mención del lodo y las impurezas con que vuelve manchada á veces vuestra toga después de la irremediable viacrucis que os veis forzados á hacer por los estercoleros de la política para poder ocupar el lugar donde estais. ¡Apártate de mí, visión penosa de mendicidad y de ruín y baja intriga! No estás satisfecha con la desilusión que á mí ánimo llevaste en aquellos días en que, por enfermedad de uno de los hombres encargados de hacer justicia aquí abajo en este mundo de miserias, se desarrolló ante los ojos atónitos de los simples mortales la más repugnante lucha de intriga y depresión moral? Aparta, aparta de mí, visión penosa de mendicidad y de miseria!

Pobres dromedarios; hombres buenos á quienes la más formidable de las inconsciencias ha echado sobre las espaldas el más pesado fardo que cono-

ce la humanidad: *hacer justicia á los hombres en nombre de la ley!*

¡Y de una ley hecha por los hombres! (La ley revelada, ha pasado á la categoría de manjar de papanatas).

Cómo os atormentará esta leyenda que—como hombres sanos que sois—seguramente llevais gravada en el fondo de vuestra conciencia: «lo injusto de lo legal».

* * *

Y tú, hombre inconforme: no sé si perteneces al número de los feligreses de ese culto fetichista, cuya contemplación llena el alma de congoja y cuyos altares derrumbó el ariete formidable de Víctor Hugo y la piqueta invencible de Zola. No sé si conoces la justicia rusa con sus desiertos de hielo, la justicia francesa con su isla del Diablo, la justicia española con sus fosos de Monjuich!

Has oído hablar de Dreyfus, y de Ferrer Guardia?

Si sabiendo todo esto, y después de oír la razón que te da uno de los jueces de quienes te muestras quejoso para demostrarte que no has obtenido justicia, porque «*el arte del abogado está en saber pedir y saber probar*», insistes en tus audacias, óyelo bien: «yerras como un bendito!

SALOMÓN CASTRO

Algo que se olvida

En el banquete de la Delegación Apostólica, celebrado últimamente, el primer magistrado del país tuvo á bien decir que la paz religiosa de la República se debía al tacto de dicha Delegación.

Esto no puede tomarse en serio; ó es uno de los tantos elogios vehementes que al señor Presidente se le escapan en ratos de acalorada improvisación, ó es un pique de cresta que quiso hacerle al intrigante obispo Storck allí presente.

Por lo demás, ¡qué Delegación ni

qué niño muerto! La paz religiosa de este país se debe, sobre todo, al buen sentido tradicional del pueblo costarricense, que no le da á las cuestiones religiosas una importancia mediceval sino que las deja dentro del fuero íntimo de cada uno, para que allá libremente crezcan, vegeten, se sustituyan ó mueran, según los temperamentos.

La paz religiosa de Costa Rica se debe también á la obra de la escuela y del liceo laicos, que infunden á las generaciones tiernas un espíritu de

respeto y de tolerancia por todas las ideas, por extrañas que parezcan; que enseñan á los jóvenes á considerar á Dios como una simple fantasía humana, siempre la misma, aun cuando tenga diversos aspectos, según los tiempos y latitudes, las civilizaciones y características psicológicas de cada pueblo.

Nuestros periódicos, que siempre han esquivado las discusiones religiosas en bien de sus empresas comerciales, han influido muchísimo, sin pretenderlo, en crear en la conciencia de nuestro pueblo el indiferentismo ó el respeto por las creencias religiosas de cada uno.

Como se ve, esto no puede ser el fruto de una Delegación Apostólica llegada al país, á organizar el clero para la batalla electoral recién pasada, sino de una honda labor de cultura popular emprendida en Costa Rica desde hace muchos años dentro de la familia, la escuela y la prensa.

Sólo por boca de un político ingenuo é inconsecuente y en los entusiasmos de un banquete sibarítico, dado por un actual representante de una iglesia que traiciona al Nazareno, pueden proferirse tales declaraciones, olvidando hechos tan evidentes para la honrada mayoría de los costarricenses.

Finalmente, nuestros jóvenes salen convencidos, por la historia que se enseña en los liceos, de que no han sido tampoco las diplomacias, civiles ó religiosas, las que han traído la paz y la dicha á los pueblos. Esos personajes ambulantes y ociosos que se llaman diplomáticos, así representen papas ó emperadores, han sido en la mayoría de los casos una clase funesta para los intereses sencillos, honrados y pacíficos del pueblo. Son ellos á manera de aves procelarias, cuya aparición anuncia en los países la próxima llegada de las tempestades.

LA REDACCIÓN

Los Teóricos

«No acepto las infundadas doctrinas que, tergiversando el precepto cristiano y en nombre de la curia romana, han tratado de implantar en la República los ministros de la iglesia. Me explico esta acción tenaz del clero en el orden religioso, allí donde las creencias contrarias á las de la iglesia católica se encuentran arraigadas por tradición, por historia. Y esto como consecuencia natural de una lucha entablada entre diversas religiones. Mas esta lucha llevada al terreno de la política en un país en que como el nuestro es casi uniforme la religión que se practica, no tiene justificación alguna, y mucho menos cuando el clero, abandonando su misión evangélica y prevaleciéndose de la autoridad que de ella se deriva, trata de imponerse en nombre de la religión á los Poderes del Estado».

(Mensaje del 8 de mayo de 1894).

«Tal candidatura ⁽¹⁾ ampliada y sostenida de ese modo, no debe menos que considerarse como perjudicial en sumo grado á la libertad que debe existir en las luchas eleccionarias, desde luego que no puede evitarse la influencia moral tan eficaz, que trae consigo el carácter de Primer Magistrado de la Nación.

¿Qué importa que convencidos de esta enorme ventaja—contraria de todo punto á la ley—se sostengan otras libertades como la de reunión y de la prensa, si el esfuerzo que en ellas se emplea puede estrellarse contra la superioridad de un candidato que se encuentra en el poder? ¿Qué valen esas libertades de que tanto mérito se hace, si pueden coartarse abiertamente ó destruirse por completo al menor pre-

(1). Refiérese á la de don Ascensión Esquivel, en 1889, y á modo de protesta contra el entonces Presidente Soto.

texto aducido por el mismo contra quien se ejercen? ¿Se cree acaso que esas mismas libertades lo envuelven todo, se desarrollan tranquilas, invaden libremente las conciencias cuando queda en palacio la seguridad y confianza que les da vida, y sin la cual no es posible que germinen de un modo tranquilo y en el campo de la paz? No, la libertad es indivisible y no puede darse por partes, de un modo mezquino y autoritario; necesidad del corazón y del espíritu antes que lujosa idea del culteranismo, es grande como el mundo y debe abrazarlo todo; brillante como el cristal, debe irradiar en todo sentido y ser transparente á la luz.

(1) RAFAEL IGLESIAS

(Artículo de *La Prensa Libre*, julio de 1889).

* * *

«¡Paso á la juventud! Racha de radicalismos, huracán de utopías y atrevimientos, necesita la salud de la patria!

Lejos de tí «la funesta manía de pensar», dice á la juventud, más con obras que con palabras, la vieja política docente.

Y una política nueva debe gritarla: ¡Oh dorada juventud, «piensa como quieras, pero piensa!»

¡Voluntad, mágica palabra, transformadora del mundo! *Querer*, sería bastante para cambiar radicalmente la

(1) Expresidente de Costa Rica. Gobernó dictatorialmente al país durante ocho años, y al dejar el Poder, forzado por la penuria del Erario Público, impuso á la Nación á su sucesor don Ascensión Esquivel. Durante su reinado, las libertades todas fueron sangrientamente escarnecidas. En su reciente reaparición como candidato en la liza electoral, fué el clero su más formidable é ineficaz sostenedor.

oficinesca y muerta enseñanza, en viva educación, fuente de progreso, venero de riquezas...

No faltan en nuestro profesorado iniciativas fecundas, prácticas notables, voluntarios y merítísimos trabajos. Yo he visto á maestros de escuela, sin cursos de aprendizaje, antes de que el trabajo manual fuera obligatorio, hacer á sus alumnos transformar treinta pesetas en una exposición de más de mil objetos de madera y papel, alambre y barro, cartón y mimbres. Yo he visto á catedráticos dirigir á los estudiantes como si fueran hijos, tomar la profesión á sacerdocio, enseñar en clase y en la calle, á todos y de todo.

De las voluntades ¡ay! no dispone la Gaceta.»

«En cuanto á planes de estudios, hay una regla infalible para juzgarlos: todo aquel que exija en un mismo curso más de tres asignaturas de lección diaria ó cinco de alterna, es malo. O hay que aumentar cursos ó suprimir asignaturas. Podrá tenerse al alumno en la Escuela, en el Instituto, en la Universidad más de tres horas, pero habrá de ser en trabajos manuales, de recreo ó artísticos.

(2) ARTURO PÉREZ MARTÍN

(1) Profesor español, actual Director del Liceo de Costa Rica, que ha confesado públicamente como lecturas predilectas suyas, las crónicas joviales. De venga un sueldo enorme, que en igualdad de circunstancias no han disfrutado verdaderas eminencias del país.

Cuando el mitin celebrado en esta ciudad con motivo del asesinato de Ferrer en Barcelona, —aplaudido por él— cumplió celosamente la orden ministerial de atajar la noble y brava iniciativa de una parte del profesorado del Liceo que iba á tomar parte en aquella manifestación, y compró un revólver para portar esa noche.

Es coautor y aplicador decidido de un programa de segunda enseñanza en que hay plétora de asignaturas en cada curso.

PENSAMIENTO

Las religiones están en plena disolución, la fe ha muerto, y si hay algo que nos asombre, es ver cómo en Roma se perpetúa la comedia papal, cuando todas las gentes que reflexionan un poco están de acuerdo para no ver ya en los dogmas y en los ritos cristianos, católicos, budhistas, protestantes y religiosos en general nada más que un conjunto de cosas discretas, ridículas y adecuadas todo lo más á la mentalidad de viejas que han vuelto al estado de infancia.—MAURICIO ADLARD